

También se aprende a ser flexible

Mónica Cucci

[monimaricucci@yahoo.com.ar](mailto:monimaricucci@yahoo.com.ar)

Mi experiencia se desarrolla en el año 2001, cuando tuve la feliz idea de intentar trabajar en una escuela técnica de la Capital Federal. Yo me imaginaba una institución de un gran nivel académico en la que aprendería un montón de cosas nuevas y, de paso, incrementarían mi currículum. Tenía algunos datos por amigas que trabajaban allí, pero mi fantasía era que desempeñarme en esa institución me haría crecer enormemente y fue así, pero no en el sentido en que yo lo imaginé.

Una colega me recomendó a la coordinadora del área de Lengua y la llamé. Por teléfono me causó la impresión de una persona distante y formal pero después, durante la entrevista, me pareció macanuda y amigable. Me hizo preguntas sobre mis prácticas pedagógicas casi como en un examen. Me quedé satisfecha porque ella me dijo que cuando surgiera una suplencia me llamaría. Es decir, pasé el primer examen. Me gustó ese desafío. Sentí que mis reacciones ante la dificultad que significaba una entrevista laboral habían sido las adecuadas y eso me produjo una cierta tranquilidad ya que podía confiar en mí misma.

Unos meses más tarde, volví a llamar a la coordinadora para que me tuviera en cuenta -no me iban a ganar por negligencia mía, iba a insistir hasta lograr mi objetivo- y me respondió que, en efecto, había horas para hacer una suplencia. Volví a encontrarme con ella, me mandó a hacerme el examen preocupacional y pasé por otra entrevista con la directora y el director de estudio. Fueron bastante cálidos en el trato; ella más que él.

Mi primera impresión cuando permanecí un buen rato en la escuela fue de un espacio incontrolable donde me desorientaba. Dejaba la sala de profesores para ir al baño y no sabía para dónde había que ir. ¿A la derecha o la izquierda? Después inventé el recurso de memorizar que el baño quedaba a la derecha, el patio siguiendo en dirección recta, el bar doblando a la izquierda. Así empecé a ubicarme. Los colegas me cayeron bien, eran buena gente y siempre dispuestos a dar una mano o un consejo sobre cómo convenía manejarse.

La cuestión es que me sentí perdida y angustiada. Yo venía de una escuela muy reducida en cuanto al espacio y al personal. Los cursos eran de pocos chicos y todos conocían a todos. Además los profesores nos enterábamos hasta de intimidades familiares de los alumnos, lo cual generaba un ambiente amistoso. Por esa época, yo me desempeñaba como docente en otra escuela de características similares.

De modo que ese monstruo institucional donde me hallaba era una experiencia completamente nueva. Jamás había estado en un lugar con tanto espacio y tanta gente. La verdad es que extrañaba muchísimo la escuela anterior, lo que me causaba tristeza y nostalgia. Yo estaba muy encariñada con institución anterior. Tal vez esto influyó en que empezara a detestar el nuevo trabajo.

El grupo al que quiero referirme era muy numeroso y muy ruidoso. La profesora titular ya me lo había anticipado pero creo que minimizó un poco la situación. Más que ruidoso era bochinchero e insoportable. El solo pensar que tenía que darles clases me causaba un cosquilleo desagradable en el estómago y unas innegables ganas de escaparme por alguna puerta sin que nadie me viera huir. Pero no podía. No me quedaba más remedio que ir a ese curso y cumplir mi función.

Los alumnos querían que mi clase fuera el recreo. Se resistían a todo; yo tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para hacerles leer un libro o explicar algo o proponer un ejercicio. Lo peor era que no todos se comportaban así, entonces los que querían trabajar me estaban todo el tiempo encima para que les explicara a ellos solos, lo que generaba más caos.

Yo, de todos modos, enseñaba pero tenía un modo de trabajo al que ellos no estaban acostumbrados. Ejercicios de producción escrita jamás habían hecho, por ejemplo. En lugar de analizar oraciones sintácticamente, como habían hecho hasta el momento, yo proponía ejercicios de inserción de proposiciones en textos o de reescritura de fragmentos narrativos cambiando la focalización. En general, ellos no comprendían qué tenían que hacer exactamente. Por mi parte, yo no acostumbraba a trabajar de otra manera, tomaba las decisiones a partir de mi experiencia anterior en la cual había estado varios años muy cómoda haciendo escribir a los alumnos. Pero los nuevos alumnos nunca habían trabajado así y desconfiaban de mis propuestas. Creo que no tomaban muy seriamente el trabajo. Tal vez les parecía poco académico o poco expositivo de mi parte. Tal vez. No lo sé con seguridad. A mí me costaba dar clases expositivas, por un lado porque no acostumbraba a hacerlo y, por el otro, porque la conversación permanente de

ellos me molestaba mucho y no tenía ganas de hablar frente a un auditorio que estaba en otra cosa. Me demandaba demasiado esfuerzo intelectual y me quedaba sin voz.

En algunos momentos, me llevaba lo que habían hecho en clase y amenazaba con el uno. No sabía a quién recurrir. Los preceptores no existían, no tenían ningún interés en los alumnos: lo único que querían era estar sentados en sus oficinas y que no los llamaran ni les preguntaran nada. No se comprometían en lo más mínimo con su función. Finalmente, la coordinadora de área me tiró algunas puntas y habló con algunos chicos, pero la relación no se modificó en lo sustancial. En realidad, ella tampoco los soportaba mucho.

El conflicto terminó con el año. Enseñé todo lo que tenía que enseñar, tomé compensatorios a los que tenían cosas pendientes y aprobaron casi todos.

La primera conclusión que saco de esta experiencia es que la escuela era un caos. El trabajo de los alumnos dependía estrictamente de la calificación y acreditación de la materia, pero casi no existían normas de convivencia.

En segundo lugar, yo estaba acostumbrada a hacer trabajar y producir a los alumnos con facilidad y en este grupo debería haber sido mucho más estructurada y haber ejercido mayor control y presión sobre los alumnos. En ese momento, me encantaba hacer actividades creativas que desordenaban al grupo. Pero en el curso al que me refiero debería haber entregado fotocopias con ejercicios y consignas, resolverlas, explicar y listo.

Hubiera necesitado más acompañamiento de la institución, ya que a nadie le interesaba si los alumnos hacían algo en la clase o se rascaban. Todos querían estar tranquilos y que nadie molestara.

La coordinadora me alentaba porque a ella no le gustaba esa modalidad de analizar oraciones, pero la que estaba frente al caos era yo. Por lo tanto, yo debería haberme dado cuenta de que no podía modificar el modo de trabajo en dos meses. Tendría que haberme sentado a analizar oraciones como cuando iba yo al colegio y, a partir de allí, lentamente, comenzar a cambiar el modo de trabajo. Pero partiendo de lo que ellos conocían y respetaban.

En la actualidad, ya no me manejo con esa mentalidad. Trato de observar primero, recopilar datos sobre el grupo y de ser flexible. No siempre se puede enseñar lo que uno quiere y como a uno le gusta. Los adolescentes necesitan pisar terreno firme, aprender



sobre lo ya conocido, por eso proponerles cosas que nunca hicieron les provoca inseguridad que, a veces, se traduce en caos.

